

El discípulo.—Hemos dicho que Sancho es el pueblo. Como él, el escudero Panza tiene horror a la aventura; trabaja, como la noria, en un sólo sentido, y su ingenio se repite siempre como un añejo cantar. Posee en cambio el lúcido sentido de los valores: el tiempo, la pobreza, el hambre y el sueño. Es límpido y gárrulo como un arroyo del monte, y sus argucias son siempre inofensivas. Goza de inspiraciones momentáneas, aciertos desconcertantes para hacer justicia y olfato agudo del porvenir. No sabe de números, pero es gran matemático y calcula por el presentimiento con exactitud.

Don Quijote, que ha estudiado los Evangelios y los practica, entrevé que no le es menester discurso alguno inteligible para su escudero y que mientras menos le entienda más se maravillará; y como Jesús a sus discípulos, le habla por parábolas. De allí que Sancho se vea precisado a seguirle, aún dando al aire suspiros de nostalgia y tornando los ojos hacia el nido lejano.

Sancho se siente capaz de hacer justicia y de ser gran señor. Su código está en el impulso del corazón y en la astucia que desconcierta. Tanto como don Quijote posee la fe en su destino, y aunque eterno como su amo, se verá eternamente condenado a servir porque ignora que la libertad es la renunciación espontánea de toda comodidad. Si Sancho poseyera esta verdad sería el émulo de don Quijote y llegaría a la sublimidad también.

Añadamos que Sancho es la Cordura.

Don Quijote y la acción.—Don Quijote no acierta a comprender que el resultado de sus acciones es el dolor, y que su misericordia es casi siempre un mal para el prójimo. De ahí que cuando trata de enderezar entuertos ponga fuego en el encono. Toda su actividad ha de quedar recluída a las buenas intenciones, y por ello es, también en este sentido, el ejemplar completo del esfuerzo humano. Nuestros actos, una vez ejecutados, no nos pertenecen. Son de quienes los reciben y de quienes los transforman. La intención es la que forma juicio en el fondo de nuestro ser. Ejemplo: la aventura de Quintanar.

Dolor de un lado, inocencia del otro ¿a quién damos la razón cuando un héroe doctrinario sacude las entrañas de la sociedad y da al traste con la comodidad ajena? ¿Valiéranos más vivir como cualquier hijo de vecino, en el constante ordeño de la costumbre, en el ejercicio de las acti-

Algunas meditaciones de la obra *El sentido trágico del Quijote*,

por RAFAEL CARDONA

Acaba de aparecer en las ediciones del *Convivio*
San José de Costa Rica. 1928



Rafael Cardona

vidades de casta y diferencias de provecho?

Si hay algún mal que realmente aqueje al género humano es la *costumbre*, y la costumbre es el mejor predicado de la materia. Es la fuerza negativa por excelencia y la razón de ser de que pasen como buenas y válidas numerosas injusticias que conviven en las sociedades de todos los tiempos y gozan de sus artificiales beneficios merced a esa falsa evidencia y autoridad que adquieren las cosas cuando el tiempo ha puesto en ellas el sello de una supuesta equidad. Es cierto que si no existiese este acomodo a la repetición que llamamos el hábito el tiempo perdería ese tranquilo y sofocante ritmo que mece las cosas en vaivenes de siglos; pero es justo y hermoso que como expresión de espiritualidad, broten del cansancio de la costumbre estos renuevos de santa rebelión contra el hábito, organizando así el camino de todo perfeccionamiento.

El Quijote total.—Hay el Quijote místico, el Quijote político, el Quijote moral. Cervantes hubiera podido escoger cualquiera de los tres, o el Quijote

literario. Pero no se conformaba con el hombre apasionado de una idea, con el ingenio parcial que sigue la línea de menor resistencia de su mundo aislado, de su acervo ideológico, y resolvió ligarlos a todos en una sola expresión. En el Hidalgo de la Mancha están completos: el héroe de caridad, de andanza peregrina, el paladín de la libertad, el soñador de la justicia, el religioso práctico, el orador gracioso, profundo e inimitable. Tiene, como la vida misma, todas las formas: el sacrificio y la gloria, la majestad y el dolor. Su aspecto empolvado y contuso, que da tumbos contra la ley escrita y la mediocridad del egoísmo, es el de un dios ultrajado que desvaría, y que aprovecha este desvarío para amonestar y castigar.

Don Quijote no conoce otra ley ni otro amor que lo Sublime. ¡Pobres nervios los suyos, sometidos a tal dinamia, a semejante luz! No ignora las leyes, el morigerado vivir, la idílica sencillez, la cristiana conformidad, todo ese légame social de impresiones y de costumbres que tan excelente nos parece a las gentes razonables; pero ¿qué es todo eso frente a un gran sueño? La paz de la tierra es, en su juicio como en el de Cristo, polilla que roe y orín que corrompe; ha venido al mundo a meter espada contra los gigantes—los tiranos—y contra las bestias—los pueblos—. Para ello se sirve del Pueblo, Sancho mismo, y le promete cortejos de gloria y arcos de triunfo arrastrándolo tras sí.

Cuando el héroe prescinde de su dicha personal y la entrega en inmolación a la risa ajena, se arroga en cambio el derecho de soñar libremente y de despreciarlo todo, excepto el señuelo que le embarga. Don Quijote adivina la mofa y el escarnio, la codicia y la traición; tiene demasiados intervalos humanos—o razonables—para no percibirlos. Pero si se detiene en su marcha volverá a la oscuridad lugareña y no será digno de la señora de sus pensamientos, la Gloria. Una gloria que en sí misma es labradora en su pueblo, amasadora de harinas y guardiana de ovejas: una simple cosa, la gloria...

La Iglesia, el Imperio, la Piedra.—Todas las almas buscan, inconscientemente, una salida hacia la libertad: pero aquéllas en que la razón ejerce un influjo preponderante y un tacto sin luz, desean introducir la eternidad en el minuto y la inmovilidad en el cambio. No es extraño, pues, que quienes han perdido todo